



La Tradición Popular

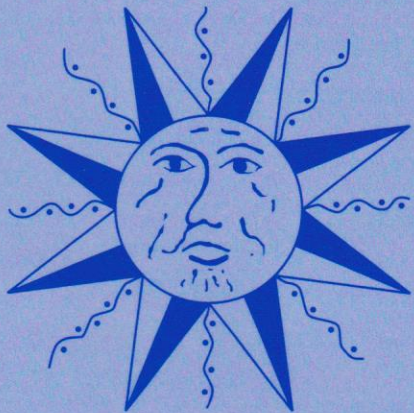
No. 174

Guatemala en los caminos del
sacro envoltorio mágico .

Celso A. Lara Figueroa.



Año 2008



Universidad de San Carlos de Guatemala

GUATEMALA EN LOS CAMINOS DEL SACRO ENVOLTORIO MÁGICO.

Celso A. Lara Figueroa.

Guatemala desde las profundidades de la historia: Tejiendo el Envoltorio Mágico

Guatemala es una de las regiones más complejas de América Latina. En tan poco espacio geográfico se funden los más diversos nichos ecológicos y las relaciones sociales de mayor multiplicidad y dinamismo. Debido a esas intrincadas relaciones entre naturaleza y sociedad, Guatemala es un auténtico envoltorio mágico, en donde la sacralidad de la vida completa, desde los rituales más profundos hasta los hechos cotidianos más sencillos, marcan y remarcan los pasos diarios del guatemalteco. Todo ello se debe a la especificidad de su historia y a sus propias y auténticas identidades culturales. No obstante que la vida social se pierde en el discurrir del devenir histórico, las condiciones sociales surgidas a partir del siglo XVI determinan su propio derrotero.

El siglo XVI y su componente hispánico constituyen, pues, ese fuego de estrellas que funden una sola vereda sideral: el crisol de lo sagrado, donde la intensa sacralidad del guatemalteco prehispánico hasta el guatemalteco de principios del siglo XXI se funden en una sola fragua, se hacen un solo leño que arde en la vía láctea de su identidad y le da cohesión, le da armonía, le da personalidad única e inconfundible.

El envoltorio mágico que el Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra empezaron a hilvanar con agujas de pinabete, hilo de maíz con mechones de lirios y luceros, sirvió de eco y

cielo para construir el cristianismo animista de los guatemaltecos de hoy. De aquí surge la nación multiétnica y pluricultural que es Guatemala, constituida por los pueblos mestizos, mayas, garífuna y xincas; este país envuelto en hojas tiernas de maíz y arrullado por leyendas milenarias que se encuentran y reencuentran en contracanto con la cruz de atrio de sus iglesias, hacen de su vida diaria un auténtico ritual sacro-profano. Pero este guatemalteco no se inició en el siglo XVI. Viene desde tiempos inmemoriales, que se pierden en la hondura de la vida social de la creación del mundo y de la vida. El hombre guatemalteco florece en tierras del Nuevo Mundo desde muy temprano.

La época paleontológica ve transitar los enormes animales prehistóricos, como mamuts y mastodontes, entre otros, y cuyas huellas se conservan en la Guatemala contemporánea.

De tal manera que los primeros habitantes de América llegaron también a Guatemala, caminando y dejando huellas indisolubles en su tránsito hacia el sur. Así aparecieron los mayas, entre otras culturas originarias.

No es poco lo que se ha escrito sobre los mayas; éstos, como los griegos, son los pueblos antiguos que más han cautivado a los arqueólogos. En efecto, la admiración causada por los restos físicos que quedan, como testimonio de aquel pueblo, ha hecho que, desde iniciado el siglo XIX, viajeros provenientes del Viejo Mundo recorrieran las cálidas regiones, cubiertas de espesa selva, donde descansan las ruinas de los centros ceremoniales que forjó ese pueblo y, que

aunque plenamente histórico, ha pasado a ser casi una leyenda.

La subárea Maya tuvo una extensión de unos 325.000 kilómetros cuadrados, es decir, ocupó un territorio equivalente al triple del tamaño del que cubre hoy la República de Guatemala. El pueblo maya ocupó lo que actualmente se entiende por los estados mexicanos de Chiapas, Tabasco, Yucatán y Quintana Roo, la República de Guatemala, el territorio de Belice y el occidente de la República de Honduras.

Los orígenes de este pueblo se pierden en el pasado y no es fácil indicar su procedencia; nosotros, personalmente, creemos que fue una cultura que se desarrolló in situ, y aunque los propios mayas principiaban su meticulosa cuenta del tiempo en una época tan remota como el año 3113 a.C., los arqueólogos y mayistas no han encontrado hasta hoy vestigios de su cultura que puedan ser fechados antes del año 2000 a.C.

De las tres áreas de alta cultura que se dieron en América, fue Mesoamérica la que alcanzó el mayor grado de desarrollo cultural y, a su vez, dentro de las seis subáreas que la componían, ninguna floreció con tanto esplendor como la subárea Maya. Cómo no hacer esta afirmación. Fue este pueblo el que inventó un tipo de escritura que aún hoy nos maravilla; fue aquí donde el calendario alcanzó una altísima perfección y donde se computó el tiempo con una meticulosidad jamás lograda por ningún otro pueblo de la antigüedad; en Tikal se alzaron los templos más esbeltos y bellos de todo el Nuevo Mundo, y en Quiriguá se eleva al cielo el monumento monolítico más alto de toda América Prehispánica, la estela E. Si, como afirmó un egiptólogo antiguo, «Egipto es un don del Nilo», el mundo maya es un don del maíz –decimos nosotros–, pues la vida de este pueblo giraba en torno al cultivo de este portentoso grano americano que fue su sustento básico.

Prácticamente todas las culturas de la antigüedad que alcanzaron un grado notable de civilización,

como Egipto, los pueblos de Mesopotamia, China y la India, florecieron en las riberas de un río, como sucedió con el Nilo, el Tigris, el Eúfrates, el Yang Tsé y el Indo. Los mayas, en cambio, fundaron a veces sus principales centros ceremoniales en lugares secos y alejados de un río o lago, tal y como sucedió con Tikal y Uaxactún; esto es tanto más extraño cuanto que en el territorio petenero hay abundancia de ríos, muchos de ellos caudalosos. Sin embargo, en otros tantos casos, los centros ceremoniales sí fueron establecidos junto a una fuente permanente de agua, como en los casos de Copán y Yaxhá.

Período Preclásico (2000 a.C.-300 d.C.)

Recibe este nombre el primero de los períodos en que se ha dividido el estudio del pueblo maya. Algunos autores lo llaman también período Formativo, precisamente porque durante este lapso de tiempo se sentaron las bases de esta cultura.

Como puede apreciarse, su duración fue considerable, y así se comprende que en dos mil trescientos años que duró el período Preclásico hubo tiempo suficiente para alcanzar el esplendor del siguiente período, que constituye el clímax de aquel pueblo extraordinario.

Período Clásico (300-900 d.C.)

En este período, de unos seiscientos años de duración, los mayas alcanzaron la cúspide de su desarrollo cultural; prácticamente todo lo esplendoroso que vemos del mundo maya fue construido o producido en aquel momento.

Período Posclásico (900-1500 d.C.)

El paso del período Clásico al Posclásico fue brutal y determinante; no se dio de forma paulatina, sino de manera súbita y sorprendente. Después de visitar los magníficos centros ceremoniales, ahora desiertos, el visitante se pregunta: ¿Qué sucedió con los mayas? ¿Qué ocurrió con esta gente extraordinaria? ¿Cómo

fue que terminó tan de súbito una cultura tan impresionante y antigua?

Al parecer, hacia el año 900 d.C. una sequía prolongada castigó durante unos años el territorio comprendido por Mesoamérica; tal parece desprenderse de los estudios realizados por científicos dedicados a la paleobotánica. Esta sequía afectó duramente los campos de cultivo y pronto el hambre se hizo sentir.

El pueblo maya volvió los ojos hacia sus sacerdotes, especialmente a los encargados del culto a Chac, el señor de la lluvia, pero los esfuerzos propiciatorios de los sacerdotes resultaron inútiles. Cuando la situación se hizo desesperada, el pueblo se rebeló y, tras sangrientas revueltas, los sacerdotes desaparecieron.

La situación entonces se agravó, pues sólo la élite sacerdotal sabía leer y escribir, y guardaba celosamente el monopolio de sus conocimientos astronómicos y de todo tipo, con lo cual los centros mayas quedaron al garete. Así las cosas, a las fronteras del noroeste llegó la presión invasora de pueblos toltecas que marchaban hacia el sudeste, impelidos posiblemente por la misma sequía que había hecho crisis entre los mayas. Estos invasores provenían de Tula, centro irradiador de cultura localizado en el Altiplano Central mexicano, y su lengua era el náhuatl.

Los toltecas eran guerreros y su técnica militar era superior a la de los mayas. Las sucesivas oleadas de toltecas se posesionaron de los centros mayas e impusieron su dominio en un momento de caos organizacional. Los toltecas así establecidos hubieron de tomar mujeres de entre los mayas. Los hijos de éstos heredaron el recuerdo de su venida de Tula y, por supuesto, de su descendencia tolteca, lo que les aseguraba su nobleza y derecho al trono o a posiciones de gobierno, mientras que de sus madres aprendieron el maya como lengua materna y otros muchos rasgos culturales de este pueblo. Como consecuencia, la lengua náhuatl desapareció, pero se conservaron intactos, aunque confusos,

otros elementos provenientes de Tula. Así, las crónicas indígenas de Guatemala, como el *Memorial de Sololá* y el *Popol Vuh*, asientan en sus páginas referencias a hechos que para el lector profano resultan oscuras, inconexas y hasta contradictorias, pues en esos códices se nos informa que estos pueblos indígenas de Guatemala, como lo son cakchiqueles y quichés, vinieron de Tula, del oriente, cruzando el mar y trayendo a sus dioses toltecas, como Tohil, Avilix y Jacavitz, pero los relatos están escritos en una lengua mayense y utilizan el viejo calendario maya «en su cuenta larga», con su sistema vigesimal, que ahora ellos calcularán, contando años de cuatrocientos días.

Las antiguas civilizaciones del mundo prehispánico tuvieron como punto de enlace el respeto inmenso e intenso hacia la naturaleza; lograron un perfecto equilibrio entre el mundo verde de estas tierras y la vida social, al grado de fundar toda una concepción del mundo y de su imaginación que creó seres que la protegen y la alimentan, personajes que a pesar de los avatares del destino han llegado hasta nuestros días.

Es decir, en el área maya guatemalteca la sociedad sacraliza la naturaleza, la hace propia, la vuelve parte de sí misma y la introyecta a cada miembro familiar, a cada individuo propio de la vida cotidiana.

La historia de Guatemala es única e irrepetible. Con el arribo de los contingentes europeos vía España, se trastocó todo el mundo americano y, por consiguiente, la visión de la vida de los guatemaltecos. No es éste el lugar adecuado para trazar una larga historia de Guatemala, pero el hilo conductor que la caracteriza y la hace irrepetible se fundamenta en dos ejes esenciales:

a) una población española que, ya entrado el Renacimiento, no había olvidado los grandes elementos de la cultura medieval: los miedos a la vida, la creencia en un mundo de seres invisibles y una vida espiritual que trasladó a

Guatemala y al resto del Nuevo Mundo desde muy temprano.

En otras partes de América desapareció, sin embargo en Guatemala permanece, porque, parecidas a las creencias y a la visión del mundo de los mayas y pueblos mayenses, se sincretizan, se amalgaman y se vuelven propias de este envoltorio mágico que es Guatemala. Las características están, pues, en la religiosidad acendrada, en la creencia en seres extranaturales que cohabitan de forma natural con los hombres y en el surgimiento de una religiosidad popular en donde los santos, la cruz y las antiguas deidades prehispánicas mayas se vuelven únicas y se acrisolan en un cristianismo animista popular, más alejado de lo oficial de lo que quisieran los padres evangelizadores, y b) la relación profunda entre sociedad y naturaleza, aspecto único en la América hispana desde sus inicios.

Estos dos ejes han de modelar la cultura guatemalteca desde siempre y para siempre, y por eso explican la idiosincrasia de nuestro país, nos explican lo que somos y cómo somos. Seres religiosos, muy ligados a las enseñanzas de la naturaleza y a los designios que vienen de las alturas.

El proceso colonial en Guatemala, durante casi trescientos años, no hizo más que sustentar este aspecto sacro-religioso, que permitió, por un lado, el desarrollo de un cristianismo muy propio en los españoles y los «mestizo-ladinos», en donde las figuras de los nazarenos, las Vírgenes Dolorosas y los sepultados se vuelven en el camino propio de la vida cotidiana de las poblaciones, sacralizan cada instante, lo hacen auténtico e irreplicable, y, por otro lado, el cristianismo animista de las poblaciones indígenas, que retoman el mundo cristiano pero lo vuelven hacia sus propias creencias; más que creer en lo cristiano, las antiguas deidades juegan de puntillas atrás de la cruz, atrás de los altares barrocos, de las espadañas y de los claustros conventuales del interior, despacio, con el tiempo del corazón del cielo y de la tierra, sin que los

propios curas doctrineros se den cuenta. Cuando las autoridades eclesiásticas se apercebieron de ello, hacia finales del siglo XVIII, ya era muy tarde. Muy elocuente al respecto es la visión del arzobispo Pedro Cortés y Larraz entre 1765 y 1770. De tal manera que la cultura guatemalteca ya formada alcanza la vida independiente el 15 de septiembre de 1821. Pero todo el fragor de la vida social y espiritual se centra en gran medida en los centros urbanos, mientras que el mundo del campo queda semiaislado, y cobra su connotación final: veintitrés etnias de origen maya y mayanse dispersas en todo el país con especificidades propias, el pueblo mestizo, criollo, descendiente de españoles y otros contingentes poblacionales, y el pueblo garífuna, que entra en la escena guatemalteca en 1800, por accidente, después de que un barco guerrero se hundiera en las costas de Roatán (Honduras) y su gente se dispersara posteriormente hacia la costa de Belice y el resto de la costa atlántica guatemalteca.

Ni el liberalismo de 1871, con su despojo profundo de las tierras comunales, ni la semiesclavitud de la población indígena lograron amalgamar las culturas. Al contrario, se reafirmaron regionalismos y localismos, y el municipio se convirtió en el punto de atracción, en donde la vida en el campo siguió el ritmo de la naturaleza, el tiempo y el conteo de las estrellas y de los *katunes*.

No obstante los avatares del capitalismo de principios del siglo XX y los graves problemas del conflicto armado que diezmó poblaciones en el interior del país, la sociedad guatemalteca siguió incólume. Dos hechos marcaron inusualmente la vida guatemalteca: el terremoto de San Gilberto de 1976, que desnudó Guatemala en todas sus miserias, y la toma de conciencia indígena a partir de 1992. Este punto es crucial para entender la Guatemala del siglo XXI: la toma de conciencia de los grupos mayas desde ese año hasta nuestros días ha afinado su cultura, los ha vuelto orgullosos de sí mismos, reclaman derechos y piden obligaciones. Y desde entonces la vida ha modelado tres grandes pueblos que

conforman este envoltorio mágico: mestizos, mayas y garífunas.

Todos tienen una historia en común, todos pretenden tener una historia separada que confluirá en algún *katún* no muy lejano, pero lo que sí sigue vigente es la idiosincrasia del guatemalteco.

En esta fragua de la historia, el guatemalteco ha sido formado por su pasado de una manera peculiar, irrepetible: es un ser colectivo, tierno, suave, de hablar pausado, con «un cantadito» que recuerda el latín conventual del siglo XVI; harto huraño, muy desconfiado, que trata de vos y habla de tú, y que de tanto caminar entre las calles de circunloquios de lirios, le da muchas vueltas a lo que quiere decir.

Desconfiado hasta el más, el guatemalteco cuando sabe encontrar el camino del corazón se abre como una flor de fuego, como la mítica flor del Lirolay, extiende la mano y se ríe de sí mismo. El guatemalteco, maya, mestizo, xinca o garífuna a pesar de sí mismo, retoma el cayado de su historia y vuelve a lo sagrado, por la puerta grande. Se introduce de puntillas, sin sentirlo, por las ceibas del Señor de los cerros y vuelve al sincretismo de su vida diaria, donde dos vientos lo envuelven siempre: la cruz del cristianismo y el animismo de la religiosidad maya, pero vueltos uno e indisoluble.

El cristianismo animista guatemalteco es único en el mundo latinoamericano y tiene muy poco que ver con el cristianismo oficial, sea éste católico sea de otra denominación evangélica o protestante histórica.

El crisol de lo sagrado dirime la vida total del guatemalteco. Pero esa misma carga intensa de historia y cultura lo catapulta a las galaxias de sus mitos, de sus ritos y sus ceremonias, y cada uno de los pueblos de este envoltorio mágico conmemora el crisol de la historia con sus propias formas de vida, ya sean éstas comunes, ya productos específicos de su cultura milenaria.

Un elemento esencial permea todo el ser guatemalteco: el mestizaje biológico y cultural. En Guatemala no existen culturas puras, sino hombres rutilantemente creadores que han sabido jugarle la vuelta al racismo y a la discriminación y entremezclarlos, enlazarlos con tanta solidez como los voladores del Palo Volador; los guatemaltecos son mestizos por los cuatro puntos cardinales, aunque sus destellos se difundan hasta Gukumatz y el Corazón de la tierra, hasta el mundo de los negros africanos y hasta las sutilezas de la cultura occidental.

Guatemalteco híbrido. Arriero del agua y del viento, atiza todos los días ese crisol de lo sagrado con sus fiestas y ceremonias, amalgamadas, poéticamente perfumadas de pinos y pinabetes, olientes a pom y serrín.

NATURALEZA Y SOCIEDAD: LOS HILOS DEL ENVOLTORIO MÁGICO

La cultura y la naturaleza guatemalteca transita desde sus orígenes de la mano del rito: toda la vida cotidiana social es sacralizada y resembrada como factor de unidad en el mundo de la sociedad guatemalteca actual, de cualquiera de los grupos étnicos que habitan sus valles y montañas. Los senderos del rito son arcanos misteriosos en Guatemala: toda actividad que emerge del crisol de su vida colectiva se traduce en inusitados ejercicios sacros. Es concreción de rito e historia insondables.

La sociedad guatemalteca ritualiza cada suspiro de su vida social de tal modo que las antiguas formas de su cultura del siglo XVII emergen nuevas y mágicas, como eco prolongado de los pasos encontrados de su pasado, donde se acrisolan, de forma refulgente, no sólo las fiestas y ceremonias, sino también cualquier acción de la vida diaria, desde el caminar a los trabajos, como roturar la tierra, vender en los mercados, tocar a las puertas del amor, o emprender el camino hacia la muerte. Todo en este envoltorio mágico asume las rutas del mito vuelto realidad. Vivir en Guatemala es penetrar en un libro de

maíz y trigo en el que los misterios incognoscibles se vuelven reales, en donde las deidades conviven con los hombres con plena libertad, en donde los hombres se hacen nahuales y los animales mágicos se convierten en serpientes emplumadas o en señores de los cerros. País en donde la vida transcurre hilando tiempo y espacios cósmicos. Envoltorio mágico donde la risa se vuelve lágrima tierna o celaje de mil iridiscencias y donde, a cada esquina de sus cuatro puntos cardinales, se asoman los retazos de su historia amalgamada, única e irrepetible. Es el país misterioso en cuyas veredas surge el color de sus hombres y mujeres, la música de los árboles y el canto de sus tejidos y cerámicas. Pueblo que se ríe de sí mismo y expresa todo su misterio y magia en sus bailes y en su canto sonoro en susurros apenas perceptibles.

Lagos que entonan historias increíbles. Volcanes que retoman el mito. Amaneceres que envuelven la vida plena. Guatemala es una ruta de ámbar y sol que envuelve y sacraliza todos los actos de su historia en el mito intenso del eterno retorno.

En tal sentido, también los puntos más insondables de la naturaleza y la sociedad se sacralizan. Puede afirmarse que en Guatemala tanto las sociedades mayas como las garífuna y las mestizas sacralizan la sociedad a partir de la naturaleza en tanto que hilo conductor de este envoltorio mágico. Y la Madre Tierra y el Corazón del Cielo, poseen una inmensa connotación vital, una cosmogonía, tal vez única en América Latina, producto de su historia irrepetible. Y esa cosmogonía se refleja en los rituales agrícolas que practican los veintitrés pueblos mayas de Guatemala, que también abordan los garífuna con pocas variantes, influidos en gran medida por los indígenas de la región del norte y los mestizos y «ladinos» del oriente de Guatemala.

En el mundo maya el reencuentro de los números tenía su significado y carácter propio. Cada cifra representa unas características muy elementales de la cosmovisión, al igual que coincide con una

fase específica en la cronología de la creación del mundo (cosmogonía).

Por esta razón, los hilos del envoltorio mágico se basan en el recuento de la serie numérica, ahondando en el significado de cada número. De esta manera se profundizará en los conceptos básicos de la estructura del universo, que, con cada cifra, se vuelve más complicada.

La agricultura tradicional es el resultado de un largo y cuidadoso proceso de selección de semillas, cultivos y técnicas, en busca de la mejor forma de producción según las capacidades del hombre y en armonía con la naturaleza. Está basada en la cosmovisión, que explica y razona la realidad de una forma integral por medio de ritos y conocimientos que se transmiten a través de un proceso continuo de padres a hijos. Los aspectos racionales y los aspectos espirituales de las prácticas globales se fortalecen mutuamente y no se les puede separar.

Prácticas y creencias, que aparentemente no tienen eficiencia o utilidad directa o científica, tienen un fundamento muy antiguo y una utilidad concreta: a través del respeto y la veneración garantizan la sostenibilidad de la relación con la tierra, de la que el hombre depende para su supervivencia.

En la cultura occidental, tanto la creación del mundo como el sistema numérico empiezan en el cero. Según los mayas, la creación no se originaba de un vacío equivalente a cero. La serie numérica no empezaba en el cero, sino en el uno y se completaba con el cero maya, símbolo de la conclusión de un ciclo. Este cero muchas veces corresponde a veinte, pero puede tomar el lugar de 13 o 18, dependiendo del ciclo que se está contando.

El Mar Primario y el Árbol Cósmico constituyen la visión holística del envoltorio mágico. En la cosmogonía maya, la fase del inicio es la de un estado de unidad, del mar primario, antes de que amanezca el mundo. «No se movía nada, no se

escuchaba nada, en la oscuridad, en la noche. Pero estaban en el agua, en una luz de tinieblas: Tzaqol, B'itol, Tepew y Quetzal-Serpiente» (*Popol Vuh*).

En esta unidad primaria es donde se da en consenso, en armonía, la concepción del mundo, de la claridad (el sol), y del ser humano. *El Popol Vuh* sigue: «... y entonces llegó su palabra, vino al majestuoso Quetzal-Serpiente, aquí en la noche, en la oscuridad. Habló con el majestuoso Quetzal-Serpiente y hablaron y pensaron e idearon. Concordaron, juntaron sus palabras, sus pensamientos. Estaba claro, concordaron en la luz y la humanidad estaba claro, el crecimiento y el carácter humano de los árboles y el crecimiento de la vida, la humanidad, allá en la noche, en la oscuridad, eso lo hizo el corazón del cielo que se llama Juraqán».

Este Mar Primario es como un tipo de matriz cósmica, un símbolo de fertilidad. Otro símbolo de fertilidad y del renacimiento lo representa el Árbol del Centro o la Cruz Maya. «El árbol, hombre y mujer a una vez, fertilidad y vida, es el árbol cósmico, el cosmos mismo.» Es el tronco, el origen de todas las ideas y las cosas.

El primer gran principio de la cosmovisión maya guatemalteca es la integración y la armonía. Todo elemento de la realidad cabe dentro de una unidad integrada, en armonía; todo tiene su propio lugar en el cosmos, tiene razón y función. La existencia de cada cosa y de cada uno está justificada; pero no cada uno aparte, sino «cada uno juntos». Todo tiene relación con todo, en una visión holística de la realidad.

Todo ello contrasta con la visión racionalista, donde sólo se contempla las causas y las consecuencias de las cosas, y lo que no se puede explicar científicamente se considera «conciencia». En la visión holística, también el ser humano tiene su función dentro del todo; no como dueño, sino en una relación de respeto con la naturaleza, dado que no es el ser humano quien define la utilidad de la naturaleza.

En los libros del Chilam Balam se habla de Junab 'k 'u, antiguo nombre maya que se traduce por «son uno los dioses» (jun = uno, ab' = sufijo del plural, y k'u = nombre genérico de dios), que representa el Dios Creador. Esto quiere decir que dios se mantenía en unidad y armonía.

EL HILO DEL ENVOLTORIO

Entre los guatemaltecos de todos los tiempos, un símbolo de esta unidad primordial es la Santa Cruz, descendiente del Árbol Verde Maya. Simboliza unidad y origen, el ombligo del mundo. También la Santa Madre (Loq'laj Na') representa la unidad y el origen primario. La palabra *na'* no sólo significa «madre», sino también «origen» (por ejemplo en *xna' k'anti'*: antecesor de la serpiente) y «agua sagrada» (por ejemplo en *q'ixna'*: bebida de cacao, y en *kaq nab'*: lago de montaña). En Ella nació el Señor que empezó a crear todo, es la Madre de Dios. Los pueblos mayanses muchas veces la identifican con la Cruz. En varios cuentos sobre la temática «inundación e individuo», aparece la Santa Madre (a veces como un cerro) que salvó a la gente del agua (o de otros peligros, como la conquista). A pesar de que las mujeres tradicionales de la Cruz y los cuentos están desapareciendo, estos símbolos aparecen a menudo en los sueños de los habitantes del occidente de Guatemala.

Por otra parte, el *xeel* es una forma de compartir también con los que no estaban presentes en una fiesta: el ausente, en una hoja, se lleva posteriormente un poco de comida (muchas veces toda la carne con tortillas y tamalitos de la porción abundante que le hubiese correspondido).

No sólo se comparten las actividades o la comida, sino también los sentimientos que las acompañan. Por ejemplo, cuando alguien no comparte su comida, no da hospedaje a una persona, etc., se convierte en un sentimiento de rechazo de esta persona por no respetar o tomar en cuenta al que le pidió cobijo (*q'oq*). Esto puede afectar en forma negativa al individuo que no quiso compartir: le puede dar enfermedad de tristeza,

depresión, baja autoestima, etcétera. A esto se le llama *q'oqonk*. Para el pueblo guatemalteco maya, la unidad de opiniones y de corazón (*junajil*) es muy importante para convivir, para realizar ceremonias, ofrendas... Esto se expresa también en la forma de tomar las decisiones en comunidad: generalmente se discuten los asuntos y los problemas hasta que se llega a un consenso y todos pueden acomodarse con la decisión tomada.

Asimismo, la visión holística del mundo, donde todo elemento tiene su lugar y su razón de ser, conlleva en la práctica una actitud de respeto hacia la naturaleza. La agricultura tradicional, basada en la cosmovisión que razona la realidad integral, tiene también una visión integral o multifuncional, es decir, tiene un papel en muchos y diferentes aspectos de la vida: a nivel material, en seguridad alimenticia, en manejo ambiental; a nivel social, en convivencia social, en equidad de género y de educación; y a nivel espiritual, en vivencia de la identidad, en espiritualidad. Como la cosmovisión pretende explicar toda la realidad, la agricultura tradicional trata de satisfacer todas las necesidades básicas en los diferentes niveles, busca el bienestar integral (*xsahil ch'olejil*). Esto se da cuando el hombre se siente integralmente contento y satisfecho. A nivel material, en la producción, esta satisfacción se puede lograr, entre otros medios, a través del policultivo, un sistema agrícola que está dirigido al autoabastecimiento; es decir, la producción se destina, sobre todo, al autoconsumo. El policultivo combina muchos cultivos diferentes en un solo terreno. También incluye alimentos que no se siembran, pero que crecen espontáneamente (granadilla, hierba mora...), o animales silvestres que buscan la milpa, como el coche de monte. Un policultivo equilibrado provee una alimentación equilibrada al hombre. Si se pregunta a un señor qué es lo que siembra en la milpa, podría contestar: «*Chixjunil*» («todo integrado»). Es difícil que el agricultor *q'eqchí*, que no vive en finca, se especialice únicamente en uno o dos cultivos, aunque la diversidad de cultivos ha disminuido mucho en los últimos

veinte años.

La búsqueda de satisfacción integral también tiene consecuencias en la ecología: la idea de la integración no permite excluir ningún elemento que existe en la realidad. El hombre debe tratar con respeto a los demás seres vivos y también las cosas, debe incluso compartir con ellos lo que él tiene. No compartir durante la siembra o la cosecha resultaría en plaga, enfermedad, falta de germinación o crecimiento de la milpa.

Esto se manifiesta, entre otras cosas, en el tratamiento de lo que nosotros llamamos «plagas» y animales depredadores de la milpa: no se les llama «plaga», sino que se comparte con ellos. Como medida preventiva, se siembra también en medio de la tronera (nido de zompopo), porque al no compartir con los zompopos, se podría causar enojo sobre el cultivo.

En caso de que estén comiendo demasiado el cultivo, se les deja algo de comer (muchas veces poch o tamalitos) en la milpa o se les captura vivos y se les deja bendecir por el padre para, posteriormente, soltarlos otra vez en la milpa. De tal manera, al final de todas las cuentas el envoltorio mágico está completo, pero sólo con la trama de la naturaleza y la sociedad. Sin ambas, Guatemala, este maravilloso envoltorio mágico de maíz, frijol, esperanzas con calles de lirios y techos azulados de tarlatana y estrellas que han guiado, guían y guiarán a estos hombres del sur de Mesoamérica y del cinturón de América, «corazón de flor de Pascua», no estaría completa, no sería una, como señalara con acierto el poeta Miguel Ángel Asturias.



casofono usfiro
Cultura en las culturas del mundo







Guatemala en los caminos del sacro
envoltorio mágico.





crisóptero surfeño
Guaymas en los cantos del año



Guatemala en los caminos del sacro
envoltorio mágico.





El Encendido de Velas en la Iglesia de San Juan de los Rios



Guatemala en los caminos del sacro
envoltorio mágico.





Centro de Estudios



Folklóricos

Avenida La Reforma
0-09, zona 10 Tel/fax/
2331-9171 y 2361-9260

Director

Celso A. Lara Figueroa

Asistente de dirección

Arturo Matas Oría

Investigadores titulares

Celso A. Lara Figueroa

Alfonso Arrivillaga Cortés

Carlos René García Escobar

Aracely Esquivel Vásquez

Artemis Torres Valenzuela

Investigador musicólogo

Enrique Anleu Díaz

Investigadores interinos

Anibal Chajón Flores

Matthias Stöckli

Fernando Urquizú

Medios audiovisuales

Guillermo A. Vásquez González

Corrector de pruebas

Guillermo A. Vásquez González

Centro de documentación

María Eugenia Valdez Gutiérrez

Diagramación de interiores y

montaje de cubiertas

Shirly Valdez Castillo

Fotografía de portada e interiores

Guillermo A. Vásquez González